



<http://dx.doi.org/10.15448/1980-864X.2024.1.44741>

SEÇÃO LIVRE

El neofascismo italiano, entre ruptura y mito nostálgico de Mussolini

Italian neo-fascism, between rupture and nostalgic myth of Mussolini

O neofascismo italiano entre a ruptura e o mito nostálgico de Mussolini

Matteo Re¹

orcid.org/0000-0002-1782-3746

matteo.re@urjc.es

Recebido em: 26 maio.2023.

Aprovado em: 20 dez.2023.

Publicado em:30 abr. 2024.

Resumen: Pocos meses después del final de la Segunda Guerra Mundial, el neofascismo italiano se reorganizó en un partido, el Movimiento Social Italiano (1946-1995), heredero directo de la tradición fascista. En este texto, analizaremos cómo se produjeron las rupturas del neofascismo italiano, considerando tres momentos principales: el contexto de la migración de antiguos fascistas al comunismo o a la democracia cristiana; las disputas entre las corrientes internas del MSI: el centro conservador mayoritario, la inspiración republicana revolucionaria de Saló y el fascismo espiritualista de Julius Evola; por último, la normalización del MSI en la vida política en la década de 1990 y su posterior disolución. A lo largo de su historia, e incluso en la siguiente fase, la Alianza Nacional postfascista, el MSI cuestionó la doctrina fascista, sufrió contrastes internos entre una función estabilizadora en clave anticomunista y una praxis antisistema, pero apenas cuestionó el mito mussoliniano, que sigue influyendo en la derecha italiana.

Palabras clave: Neofascismo; Mussolini; Italia; Mito.

Resumo: Poucos meses depois do fim da Segunda Guerra Mundial, o neofascismo italiano reorganizou-se em um partido, o Movimento Social Italiano (1946-1995), herdeiro direto da tradição fascista. Neste texto analisaremos como se deram as rupturas no neofascismo italiano considerando três momentos principais: o contexto de migração de ex fascistas para o comunismo ou para a democracia cristã; as disputas entre as correntes internas do MSI: o centro conservador majoritário, a inspiração republicana revolucionária de Saló e o fascismo espiritualista de Julius Evola; por fim, a normalização do MSI na vida política como nos anos 1990 e sua posterior dissolução. Ao longo da sua história, e mesmo na fase seguinte, a Aliança Nacional pós-fascista, o MSI questionou a doutrina fascista, sofreu contrastes internos, entre uma função estabilizadora em chave anticomunista e a prática antisistema, mas dificilmente questionou o mito mussoliniano, que continua a influenciar a direita italiana.

Palavras-chaves: Neofascismo; Mussolini; Itália; Mito.

Abstract: A few months after the end of the Second World War, Italian neo-fascism reorganised itself into a party, the Italian Social Movement (1946-1995), a direct heir to the fascist tradition. In this text, we will analyse how the ruptures in Italian neo-fascism took place, considering three main moments: the context of the migration of former fascists to communism or Christian democracy; the disputes between the internal currents of the MSI: the majority conservative centre, the revolutionary republican inspiration of Saló and the spiritualist fascism of Julius Evola; finally, the normalisation of the MSI in political life in the 1990s and its subsequent dissolution. Throughout its history, and even in the next phase, the post-fascist National Alliance, the MSI questioned fascist doctrine, suffered internal contrasts between a stabilising function in an anti-communist key and anti-system praxis, but hardly questioned the Mussolinian myth, which continues to influence the Italian right.

Keywords: Neofascism; Mussolini; Italy; Myth.



Artigo está licenciado sob forma de uma licença
[Creative Commons Atribuição 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/).

Introducción

La proliferación de movimientos y partidos de extrema derecha, fenómeno ya presente durante la Guerra Fría, ha tenido un repunte en épocas más recientes (Veiga *et al.*, 2019), incluso con características diferentes con respecto al pasado (Forti, 2021). Con el paso del tiempo, se ha ido conformando una desordenada nebulosa difícil de identificar. Eso ha ocurrido claramente en Italia, patria del fascismo y país en el cual, dieciocho meses después del final de la Segunda Guerra Mundial, nació un partido, el Movimiento Social Italiano, manifiestamente heredero del fascismo.

Los contrastes internos, sin embargo, han ido impulsando el neofascismo italiano hacia cambios que cuestionaron incluso el dogma fascista y la figura de su líder, Benito Mussolini. En este artículo analizaremos aquellas rupturas internas que han hecho tambalear el Movimiento Social Italiano, primero, y Alianza Nacional, después, entre la negativa a renegar del pasado y la necesidad de evolucionar como partido comprometido con el sistema político convencional. En este proceso evolutivo el mito mussoliniano ha adquirido un papel determinante, que ha permitido, como veremos, al neofascismo (y al postfascismo) mantener un vínculo con su propio pasado, sin la necesidad de renegar de su líder. Mussolini se ha interpretado como mero elemento de un pasado que es parte imborrable de la tradición del neofascismo italiano. Este proceso, por lo tanto, contribuye a que el mito mussoliniano se mantenga intacto.

El mito de Mussolini sin Mussolini

Cuando, el 29 de abril de 1945, el cadáver de Mussolini fue expuesto a la humillación pública, el neofascismo rehabilitó a su líder, perdonándole los errores cometidos en el último momento de su vida y elevándolo a categoría de mártir de la derrota. Si el fascismo había encontrado su le-

gitimación histórica explotando la tragedia de la Primera Guerra Mundial, el neofascismo pretendió presentar el fracaso en la segunda contienda como una coyuntura circunstancial y aprovecharse así de un cierto grado de victimización.

Una vez terminado el conflicto, los principales partidos políticos italianos se plantearon cómo recolocar a los fascistas. La mayoría no había cometido ningún delito durante el régimen o en la fase bélica, muchos simplemente pertenecían a la Administración pública, era impensable apartarlos sin entorpecer el funcionamiento del Estado (De Feo, 1973)². Sin embargo, para tolerar la presencia de los exfascistas ya no solo en la vida pública sino especialmente en la política, era necesario absolverlos, de alguna manera, de su pasado. Eso los convirtió a su vez en víctimas de quienes habían liderado ese pasado nefasto: el propio Mussolini, un puñado de colaboradores y la monarquía (Diaz, 1945). Los jefes fascistas habían sido ejecutados (algunos incluso en ajustes de cuentas entre ellos, tal y como ocurrió en el juicio de Verona), detenidos o habían abandonado el país (y de allí a unos años serían amnistiados) (Conti, 2017)³, al igual que hizo la casa real tras la victoria del sistema institucional republicano en el referéndum del 2 de junio de 1946. El Duce, en cambio, se seguía percibiendo como una amenaza incluso después de su muerte. En la noche del 23 de abril de 1946, su cadáver fue sustraído del cementerio de Musocco, en Milán, por un puñado de neofascistas liderados por Domenico Leccisi, quien, nacido en 1920, solo había participado del fascismo republicano. Cien días después, el cuerpo fue recuperado y Leccisi, detenido⁴. Sin embargo, nadie del Gobierno, *in primis* el primer ministro De Gasperi, quiso que se enterrara en un lugar visible, para evitar que se convirtiera en un sitio de culto o de odio. Las autoridades italianas escondieron el cadáver en el convento de Cerro Maggiore, a las afueras de Milán.

Como afirma Sergio Luzzatto, la recién nacida

² En efecto, la continuidad en la administración pública fue mantenida. Valga como ejemplo lo ocurrido con el *questore* de Milán en la posguerra, Vincenzo Agnesina, el cual había tenido importantes cargos durante el fascismo.

³ En Italia no hubo un proceso como el de Núremberg.

⁴ Leccisi pasó solo dos años en la cárcel, a pesar de haber sido condenado a seis. En 1953 fue elegido diputado del Movimiento Social Italiano siendo parlamentario hasta 1963.

República italiana trató "los restos de Mussolini como un rehén" postrándose "a la potencia del símbolo funerario" (Luzzatto, 2019, p. 14). Para lograr la paz y desactivar del fascismo por completo, incluso en clave nostálgica, el mito de Mussolini no podía perdurar, había que demolerlo y sustituirlo por otro, el del antifascismo como reacción heroica al régimen.

Solo en 1957, cuando el presidente del Gobierno Zoli intentó acercar la Democracia Cristiana al Movimiento Social Italiano (MSI), se aceptó devolver el cadáver de Mussolini a su familia como gesto de entendimiento con los *missinos*. El 31 de agosto de 1957, el Duce fue enterrado en la cripta familiar del cementerio de San Cassano, en Predappio (localidad, por cierto, de la cual provenía el mismo Zoli). De inmediato comenzaron los peregrinajes de miles de personas. Se calcula que el 8 de septiembre, una semana después de su sepultura, fueron 3500 las que acudieron a ese lugar. Para el 22 de septiembre se estima que el doble de personas, en su mayoría militantes del MSI, se desplazaron al lugar en autobuses fletados por el partido. Se acercaron a la cripta ostentando una gestualidad nostálgica (saludo romano, camisa negra, canciones fascistas...) lo que conllevó la detención de algunos de ellos (Luzzatto, 2019)⁵.

En los primeros compases de la posguerra, en los prolegómenos de un neofascismo no estructurado que pivotaba alrededor de algunas revistas como *Meridiano d'Italia*, *Rosso e Nero*, *Rataplan*, *Il Merlo Giallo*, *Fracassa*, *Rivolta Ideale*, *Il Pensiero Nazionale*, los nostálgicos del régimen más que fascistas se sentían mussolinianos (Tarchi, 1995). En esa fase, Mussolini se convirtió, idealmente, en el principal elemento unificador del neofascismo, ajeno a críticas, manteniendo intacto su carisma, incluso a pesar de la derrota y de su intento de fuga. Con su muerte violenta y el ultraje a su cadáver, como vimos, los neofascistas tuvieron la sensación de que el Duce había reparado sus errores. Es más, el Mussolini derrotado forma parte de ese mito nihilista y victimista que ca-

racterizó casi todo el neofascismo italiano en su vertiente nostálgica republicana, que convirtió a los soldados muertos en mártires de la causa. Ese concepto de martirio perduró hasta los años setenta, años difíciles, en los cuales algunos militantes de extrema derecha (en su mayoría jóvenes) fallecieron como consecuencia de agresiones por parte del bando opuesto o de las fuerzas del orden, mientras que otros vivieron en el aislamiento social más absoluto. Para entender mejor esta línea de continuidad entre la derrota del fascismo republicano y la victimización del neofascismo, merece la pena evocar una canción que los militares de Salò solían cantar y que decía: "las mujeres ya no nos quieren porque llevamos la camisa negra". Es el mismo concepto, *mutatis mutandis*, que aparecerá en grupos de extrema derecha en tiempos posteriores. Alejándonos por completo del caso italiano para confirmar que este sentimiento de exclusión, este pesimismo trágico, funciona también en ámbitos diferentes, valga como ejemplo el lema que los hinchas del Millwall, notoriamente cercanos al National Front británico, pusieron de moda a partir de los años setenta: "*no one like us, we don't care*", algo así como: "no gustamos a nadie, pero nos da igual" (Robson, 2001, p. 66). En este mismo sentido, se podría citar el movimiento *skinhead*, cuyos lazos se amplían al nazismo y en cuyo seno los conceptos de martirio y de bella muerte eran algo concreto y visible incluso en los tatuajes que lucían, como el emblemático de un *skinhead* crucificado.

El movimiento social italiano como solución política reformista

Los primeros grupúsculos asociativos neofascistas de posguerra resultaban heterogéneos y estaban unidos casi exclusivamente por la exaltación de la nación y la mitificación del Duce (Carioti, 2008; Parlato, 2006; Tedeschi, 1996). Eran semiclandestinos o totalmente clandestinos, y estaban organizados según esquemas parami-

⁵ Entre los detenidos del 8 de septiembre de 1957 destaca un joven Stefano delle Chiaie.

litares⁶ o simplemente reunidos alrededor de algunas revistas. Dieciocho meses después del final del conflicto, en diciembre de 1946, derivaron en el Movimiento Social Italiano (MSI), partido, en el momento de su fundación, nostálgico del fascismo republicano⁷ y, a pesar de ello, rápidamente integrado en el abanico político nacional⁸. De hecho, su existencia no pareció suscitar especial rechazo entre los demás partidos ni entorpecer el funcionamiento democrático del país hasta finales de los cincuenta. Es en este momento cuando se aprueba la ley Scelba, que vetaba todo tipo de formación política que reprodujera el extinguido partido fascista. La situación permaneció así prácticamente hasta la caída del Gobierno Tambroni, apoyado por el MSI, ocurrida en el verano de 1960.

Tal y como ocurrió con el fascismo original, el MSI cobró vida como un acervo de corrientes (o sensibilidades) internas, a menudo en contraste entre sí. A un centro estrictamente conservador y mayoritario le acompañaba una corriente de izquierda socializadora, antiburguesa, que pretendía "conjugar el amor por la patria con la aspiración a una mayor justicia social" (Tarchi; Carioti, 1995, p. 32) típicamente *salotina*⁹ y otra, inspirada en Julius Evola (y de menor peso), que proponía un fascismo espiritual, con toques esotéricos, muy centrado en la búsqueda de la tradición y en la lucha contra el mundo moderno¹⁰. Para que esas corrientes se soldaran, en ausencia de un líder carismático como Mussolini, fue el concepto de nación (especialmente emotivo a partir de los años sesenta), de su defensa frente al peligro comunista, lo que fungió de pivote alrededor del

cual se unieron los veteranos que habían vivido en primera persona la época fascista y las nuevas generaciones nacionales (Neglie, 1994).

El nacimiento del MSI se debió a múltiples factores. A nivel internacional se alimentó la contraposición, en gran parte alentada por los aliados, entre el italiano bueno y el alemán malo, con el objetivo de achicar responsabilidades y hacer digerible una eventual participación en la vida pública de los antiguos fascistas (Focardi, 2016).

Se vivió una curiosa carrera por parte del Partido Comunista Italiano y de la Democracia Cristiana para captar el voto (e incluso la afiliación) de los exfascistas, concluida solo cuando se creó un partido nostálgico. Para facilitar este cometido, Palmiro Togliatti impulsó la amnistía e intentó (y en parte logró) atraer a su partido a aquellos fascistas ajenos a la burguesía capitalista, a los más favorables a una solución revolucionaria, más proclives a la política de masas (Neglie, 1996). Para ello, hizo hincapié en el sentimiento antiamericano, intensificando las deshonras consecuencias de la derrota sufrida ante los Estados Unidos. La aparentemente sorprendente migración del fascismo al comunismo tuvo unos prolegómenos ya en 1944, tras la liberación de Roma, cuando se llevó a cabo ese fenómeno de movilización de fascistas hacia el PCI, con el objetivo de preservar la orientación revolucionaria que los había llevado hacia allí. Se amplió entre septiembre-octubre de 1945 y abril de 1946, en el periodo de gestación del Movimiento Social Italiano, caracterizado por un sentimiento de abandono de los neofascistas huérfanos y exiliados en su propia patria (Tarchi, 1995) y aumentó

⁶ Entre los grupos que más repercusión tuvieron destacan las *Squadre d'Azione Mussolini* (SAM) (Brigadas de Acción Mussolini), responsables de algunos atentados y de la difusión de carteles con la imagen del Duce. Curiosamente, años más tarde (en 1969), el diputado del Movimiento Social Italiano Franco Servello patrocinó el grupo organizado de hinchas del Inter de Milán bautizándolo con el nombre de Boys SAN, donde SAN significaba *Squadre d'Azione Nerazzure* (Brigadas de Acción Azulynegro), en clara referencia a las *Squadre d'Azione Mussolini* (SAM).

⁷ En el programa de este nuevo partido se podían ver claras referencias a la Carta de Verona, el programa elaborado en 1944 en el I Congreso del Partido Fascista Republicano que sentó las bases del "fascismo-movimiento", con tintes revolucionarios, socializadores, anticapitalistas y antiburgueses, nostálgicos del primer fascismo de los *Fasci di Combattimento*.

⁸ Se habla, para definir la estrategia política del MSI de la segunda mitad de los cincuenta, de los "años de la inserción" (*anni dell'inserimento*) (Ignazi, 1989, p. 88).

⁹ Nostálgica de la experiencia republicana fascista de Salò.

¹⁰ Dentro del Movimiento Social Italiano la tendencia izquierdista gozaba de un amplio apoyo en el norte del país, mientras que la que acabó siendo la inclinación mayoritaria, es decir la conservadora, recogía consensos especialmente en el centro-sur de Italia. Esa división territorial tenía su lógica: en la parte septentrional de la península se había vivido la experiencia del fascismo republicano, que ostentaba una interpretación política socializadora; en el resto del país el fascismo, que no había conocido la experiencia de Salò, fue más monárquico y conservador.

definitivamente tras la amnistía promovida por el mismo Togliatti, en junio de 1946 (Parlato, 2000).

El principal objetivo del líder del PCI era acercar a los intelectuales a su partido, reconvirtiéndolos ideológicamente. A través de un hábil giro, modificó la interpretación de Gentile de un fascismo como culminación del proceso unitario, impulsando la idea de que el Partido Comunista Italiano fuera a su vez la continuación del "*Risorgimento* democrático derrotado por los Saboya y por la burguesía y que por fin podía alcanzar su realización en las estructuras de la nueva Italia" (Parlato, 2006, p. 21). Las masas debían ser recuperadas y educadas; los altos mandos de la dictadura condenados y apartados. Los fascistas más revolucionarios y antiatlantistas¹¹ (los que, en definitiva, rechazaban ser derrotados y aliados al mismo tiempo) podían considerar el comunismo como una opción viable.

La Democracia Cristiana, por su parte, pretendía recuperar a los fascistas en clave anticomunista. En el clima tenso de posguerra, fueron muchos los fascistas amnistiados o aquellos que, en fuga para evitar agresiones y ajustes de cuentas, consiguieron auxilio, cobijo e incluso un trabajo en las organizaciones religiosas (especialmente en Roma) (Ignazi, 1989). Ese acercamiento al mundo eclesiástico había favorecido a su vez la aproximación de muchos de ellos a la DC. Por otra parte, para evitar la posible sangría interna de militantes democristianos afines a la corriente de izquierda, claramente descontentos con la incorporación de exfascistas, paulatinamente se fue fraguando la posibilidad de crear un partido capaz de agrupar a los veteranos y a los nostálgicos del régimen.

En este sentido, y cabalgando los prolegómenos de un mundo bipolar, los neofascistas que se empeñaron en la creación de un partido propio optaron por convertirse en una fuerza de oposición al bando comunista, suscitando

además una cierta aceptación por parte de los norteamericanos, bastante reacios (en un principio) a incorporarlos a los engranajes de la política italiana. Siguieron el referéndum sobre la forma institucional del Estado (donde se impuso el sistema republicano) (Tarchi; Carioti, 1995)¹² y la amnistía, medidas sin las cuales el Movimiento Social Italiano nunca se habría legalizado.

El neofascismo del MSI nació con una evidente diferencia con respecto al original en el que se inspiraba. Si el fascismo fue un fenómeno típicamente norteño, nacido en la parte septentrional del país con el objetivo de edificar una nueva relación entre las masas y el poder, gracias a un empuje revolucionario antiliberal, el neofascismo *missino*, extendido principalmente en el centro y en el sur de Italia, pretendió preservar el Estado burgués que el "*fascismo régimen*" contribuyó a reforzar (Parlato, 2006, p. 227). De hecho, una vez conformado el MSI (lo cual, por otra parte, desactivó a los grupúsculos clandestinos), en su interior se fue imponiendo la línea más moderada y conservadora. A esta corriente, especialmente fomentada por los *missinos* romanos, se contraponía otra más nostálgica de la República Social Italiana y, por lo general, de un fascismo más de izquierda, amparada por los *missinos* del norte. Acabó prevaleciendo la vertiente nacional, conservadora, reaccionaria y atlantista. Dirigió el partido hasta su disolución a principios de los noventa, a pesar de los contrastes internos, de la complicada convivencia entre las varias corrientes y de la evidente contradicción de ser "fascistas en democracia", tal y como reconoció públicamente Giorgio Almirante en 1956 en el V Congreso Nacional del partido (Conti, 2013; Ignazi, 1989; Nello, 2005; Pardini, 2008)¹³.

Oposiciones internas

Al mando del MSI se alternaron seis secretarios a lo largo de sus casi cincuenta años de historia:

¹¹ El atlantismo se define como la actitud política favorable a la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) y favorable a su extensión y afianzamiento en Europa.

¹² Mucho se ha especulado sobre la posición de los neofascistas en el referéndum. Según Galli Della Loggia la victoria de la República se debió al peso determinante de los apoyos de los exfascistas; Tarchi discrepa y considera que, a pesar de la actitud del rey, los neofascistas aspiraban al mal menor que, en ese caso, era la Monarquía.

¹³ A pesar de la frase pronunciada por Almirante, hay que tener en cuenta que, tras el primer congreso del partido, celebrado en 1948, quedó claro que el Movimiento Social Italiano no quería suprimir la democracia.

Giacinto Trevisonno desde la fundación hasta 1947, Giorgio Almirante entre 1947 y 1950 y entre 1969 y 1987, Augusto De Marsanich entre 1950 y 1954, Arturo Michelini entre 1954 y 1969, Gianfranco Fini entre 1987 y 1990 y entre 1991 y 1995, Pino Rauti entre 1990 y 1991. Tal y como ocurrió en el periodo de la República Social Italiana, el partido prevalecía sobre a la figura de un líder. Dejó de haber jefes especialmente carismáticos, exceptuando a Almirante, cuya retórica sencilla pero eficaz, directa y valiente cautivó a las masas neofascistas, especialmente durante su primer mandato, cuando, con poco más de treinta años, no era ninguna cara conocida dentro del neofascismo.

Las diferentes orientaciones programáticas sufrían cambios dependiendo de quien estuviera al frente del partido. Conservador y burgués con De Marsanich y Michelini; *movimentista*, antielitista, con toques populistas y antisistema con Almirante. En realidad, este último, para mantener el partido en el arco constitucional, tuvo que limar bastante esos aspectos, perpetuando, eso sí, la vertiente emocional del pasado fascista. El mito de Mussolini, el espíritu de la derrota, la victimización que imponía una automarginación social, al mismo tiempo que exaltaba el orgullo de ser diferentes caracterizaron el primer MSI almirantiano, nostálgico de la experiencia *salottina*. En la campaña electoral de 1948, Almirante presentó un programa con referencias a la idea social, a la defensa del trabajo femenino y a una gestión no exclusivamente privada de las empresas (Tarchi, 1995), rechazó el individualismo liberalconservador y abrazó las exigencias colectivas, comunitaristas: ideas heredadas de la República Social Italiana.

Augusto De Marsanich (1950-1954), que le

sustituyó en 1950, y su sucesor, Arturo Michelini (1954-1969), anclados en el área conservadora, atlantista y empeñados en introducir el partido en el sistema político nacional¹⁴, impulsaron la reacción interna de los almirantianos, de la izquierda nacional¹⁵ y de los jóvenes espirituales evolianos, reunidos alrededor de Pino Rauti y Enzo Erra, quienes interpretaron esa nueva orientación política como una traición. El neofascismo (así como el fascismo tradicional) conformado por múltiples fuerzas y diferentes ideas, carente de un líder carismático como Mussolini, encontró serias dificultades de convivencia y tuvo que lidiar con contradicciones internas claramente expresadas en el lema de De Marsanich que advertía: "ni renegar del fascismo ni restaurarlo"¹⁶. Hasta hubo quien negó la eficacia de la terminología "neofascismo", sustituyéndola por "exfascismo", afirmando que el fascismo como tal ya había desaparecido para siempre con la muerte del Duce y que, por ende, cualquier atisbo de resurgimiento nostálgico ya no tenía ningún sentido (Parlato, 2000)¹⁷. Sin embargo, el neofascismo encontró

[...] el factor de cohesión [...] en la mitificación del régimen, de Mussolini y de su muerte, de sus logros, en la socialización, en el corporativismo, borrando de un plumazo viejos debates siempre abiertos y haciendo caso omiso a antiguas contraposiciones, en nombre de la unidad política. (Parlato, 2000, p. 331).

Que, en realidad, a menudo dejaban aflorar las divergencias internas.

El neofascismo espiritualista

Una parte del neofascismo italiano se inspiró en el espiritualismo de Evola. El filósofo romano, que Almirante definía como "nuestro Marcuse, pero mejor" (Jesi, 2011, p. 143), en sus textos se oponía al mundo material y exaltaba la tradición

¹⁴ Esta estrategia tuvo un gran éxito electoral en las administrativas de 1951 y 1952. El partido había crecido hasta tal punto que su disolución, como consecuencia de la recién aprobada Ley Scelba (1952), que vetaba la conformación de fuerzas políticas heredadas del fascismo, se hacía muy complicada sin que eso provocara importantes disturbios y tensiones. Por otra parte, merece la pena recordar que contra esa ley se expresaron el PCI y el PSI, ya que consideraban que el MSI podía erosionar votos a la Democracia Cristiana.

¹⁵ Almirante no formaba oficialmente parte de la corriente de izquierda del partido, sus principales representantes eran (entre otros) Giorgio Pini, Concetto Pettinato, Ernesto Massi. Sin embargo, se le consideró como su líder político natural.

¹⁶ No olvidemos que De Marsanich había formado parte del Gran Consejo del Fascismo a partir de 1929, había sido durante una decena de años subsecretario de Estado de Comunicaciones y había participado en la experiencia de la República Social Italiana.

¹⁷ Fueron muchos los fascistas que, tras el final de la guerra, consideraron definitivamente terminada la experiencia fascista e imposible su perpetuación sin la presencia del Duce como elemento unificador de las diversas corrientes, áreas, inspiraciones internas, que de ese "mosaico era el hormigón" (Parlato, 2000, p. 324).

inspirada en la Antigua Roma, cuyo imperio no fue simplemente "una expresión territorial o militar o mercantil, sino espiritual y moral", en esto coincidiendo plenamente con el segundo punto de la *Dottrina del fascismo*.

Según Evola (1953), solo ha habido unas pocas épocas que se puedan considerar edad de oro de la humanidad. Una de ellas fue el periodo fascista, durante el cual se impusieron valores como la prevalencia del espíritu sobre la materia, la *demonia de la economía* (rechazo de la idolatría del dinero), la jerarquía y la disciplina.

El neofascismo *evoliano* abrazaba el racismo identitario en contraposición con el racismo biológico nazi (pero al mismo tiempo promotor de un racismo "espiritual" o de "castas"), el mito del aislamiento político y humano, la exaltación del espíritu guerrero y el rechazo de la política tradicional, proponiendo una elitista "*apolitia*", un profundo nihilismo (la "bella muerte" en lugar de un compromiso político) y fomentando un discurso funerario y de victimización (Vercelli, 2018). Evola era hostil al progreso y rechazaba cualquier forma de masificación, proponiendo, en cambio, un neofascismo aristocrático.

Con Evola se desplomaba también el concepto de Estado, hasta ese momento intocable: ya no era importante pertenecer al mismo territorio ni hablar el mismo idioma, sino tener la misma idea (Rao, 1999). En eso, se retomaba el periodo republicano y el transmutado concepto de nación, que pasaba a ser "comunidad nacional" (en esto más cercano al nazismo), promoviendo una Europa fascista. Es el mito de Europa el que se impone en esta fase, que conlleva el abandono de las inclinaciones nacionalistas *missinas* (Tarchi, 1995), y donde se propone una tercera vía equidistante entre comunismo y capitalismo, entre la Unión Soviética y los Estados Unidos. En esta fase se promueve una unidad territorial, cultural e ideológica europea (Evola, 2001) abandonando los nacionalismos internos, acercándose más (en esto) al concepto nazi propulsado por las Waffen-SS de lucha común de los europeos. Se proponía

así el concepto de Europa-nación, característico del neofascismo juvenil posterior, basado en un modelo supranacional cuya extensión alcanzaría de Brest a Budapest (Thiriart, 2007).

La corriente definida como espiritual (o *evoliana*), dentro del MSI, rechazaba cualquier vocación popular y social (Villano, 2017) e incluso denigraba el nombre de República Social Italiana, fruto, según el mismo Evola (1989, p. 51), de "una regresión involutiva que el individuo a menudo sufre como consecuencia de traumas psíquicos".

En el Congreso del MSI de 1956 se asistió a un psicodrama colectivo. La corriente *almirantiana* exigió que el partido se presentara como lo que era: un grupo de fascistas de la RSI. Los centristas (que eran mayoritarios y cuyo representante, Arturo Michelini, dirigía el partido), sin renegar del pasado, optaron por una política más moderada. Los espiritualistas evolianos, liderados por Pino Rauti, críticos con el calado reformista que iba adoptando, decidieron abandonar el partido y crear el Centro Studi Ordine Nuovo, un grupo extraparlamentario que se proponía luchar contra el sistema, incluso acercándose a las fuerzas armadas y coqueteando con posibles proyectos golpistas (Villano, 2007). Aquel fue el primer acto de una revolución cultural dentro del neofascismo que llevaría, de allí a unos años, a muchos jóvenes de ese entorno a "ver el fascismo y a Mussolini como figuras lejanas y distantes" (Carioti, 2011, p. 231).

Rauti y los suyos volvieron a incorporarse al partido en 1969, tras la muerte de Michelini y la vuelta de Almirante a la secretaría del Movimiento Social Italiano. En realidad, no todos regresaron. El ala más crítica con las nuevas políticas encaminadas a abandonar poco a poco el pasado nostálgico, referencia hasta ese momento indiscutible, se escindió para crear el Movimento Politico Ordine Nuovo, liderado por Clemente Graziani y caracterizado por una cierta fascinación hacia la lucha armada.

Siguió un periodo en el cual el MSI, gracias también a los buenos resultados electorales

cosechados en las administrativas de 1971¹⁸ y en las generales de 1972¹⁹, se abrió a los monárquicos y a elementos externos a la tradición neofascista, dando vida al Movimiento Social Italiano-Derecha Nacional, cuyo objetivo era crear un movimiento que aglutinase toda la derecha, moderada y radical, para proponerse como garante de la legalidad y de los intereses burgueses. Al frente de esta remodelación principalmente cultural, que tenía como objetivo despojarse de las referencias nostálgicas del pasado, se puso al intelectual y exmilitante comunista Armando Plebe. En sus intervenciones el fascismo brilló por su ausencia, así como cualquier intento de reflexión sobre lo que fue, para poder superarlo. La de Plebe fue una presencia fugaz: en 1976 ya había abandonado el partido (Ignazi, 1994). La secretaria de Almirante, si bien, con el paso del tiempo, comenzó a despojarse de la nostalgia de sus orígenes, en su interior continuó considerando el régimen fascista como el "único momento épico en la historia de Italia" (Conti, 2013, p. 44). En este mismo periodo, la que propuso un completo alejamiento del fascismo fue la Costituente di destra – Democrazia Nazionale, un grupo dentro del MSI que abandonó el partido para formar un grupo parlamentario autónomo en 1976 (Parlato, 2017). Su actividad duró poco, se disolvió en 1979. Sin embargo, aquella experiencia se considera como precursora del nacimiento de Alianza Nacional, quince años más tarde.

A pesar de los éxitos electorales, y de algunos tibios intentos de reinterpretar críticamente el pasado fascista, los *missinos* seguían marginados en la vida política nacional.

El tercer polo y la *nuova destra*

Ajeno a la fascinación evolviana fue Luciano Lucci Chiarissi, fundador en 1963 de la revista *L'Orologio* (El Reloj), de la cual a su vez nació, en 1968, un grupo informal homónimo, que propuso una visión totalmente rupturista del neofascismo

(Tedesco, 2012).

En esta fase, se comenzó a debatir sobre la necesidad de curar las heridas provocadas por la derrota en la guerra, suavizando la nostalgia del fascismo, incluso en su vertiente republicana. En las páginas de *L'Orologio*, entre marzo de 1966 y junio de 1967, se estimuló un intenso debate bajo el emblemático título de *¿Adiós al fascismo?* entre quienes, criticando los que "vivía[n] de la renta mussoliniana", pretendían despedir "una realidad que ya forma parte de la historia" (Monserti, 1966, p. 72) y quienes "sostenían la necesaria continuidad del fascismo como pensamiento político y como método de gobierno" (Parlato, 2000, p. 385). Estos últimos no contemplaban arrinconar la herencia de Mussolini, pretendían más bien perpetuar su mito. Los primeros, en cambio, justificaban el abandono del fascismo citando justamente a su fundador, y al valor que tuvo a la hora de abandonar el socialismo para progresar hacia una experiencia considerada mejor, que se sublimó con la creación de la República Social Italiana, momento histórico en el cual la palabra "fascismo" y la adjetivación "fascista" desaparecieron. Para ellos, el mito de Mussolini era sustituido por los mitos más ensalzados por los jóvenes revolucionarios de izquierda: el Che Guevara, los vietcong, las organizaciones para la liberación de Palestina... El Movimiento del 68 fue un trampolín para este neofascismo sui generis ya que, aunque de manera bastante limitada, hubo quien, especialmente (o casi exclusivamente) en Roma, pretendió sumarse a esa ola de protestas incluso desde la extrema derecha y resistirse a entregar el 68 a la izquierda. Salir del gueto, dejando atrás la *damnatio memoriae* que perseguía a los fascistas política y culturalmente, se convirtió en uno de los objetivos de esa nueva generación de neofascistas. Fue el MSI (que en ese periodo de agitación expuso con orgullo su perfil de partido defensor de la ley y del orden) el que se encargó de que la participación de los jóvenes camaradas en las ocupaciones de las

¹⁸ En Roma el MSI obtuvo el 16%, superando a los socialistas y siendo el tercer partido más votado.

¹⁹ Almirante, en la campaña electoral de 1972, propuso un camino moderado: una derecha que marchaba hacia el centro, sugiriendo así una imagen de responsabilidad institucional en un periodo complicado para el país debido al aumento de la violencia terrorista y logrando el mayor éxito obtenido nunca por el MSI en las urnas, el 8,7% de los votos.

universidades parara en seco. Y logró ese cometido haciendo malabarismos entre la función estabilizadora en clave anticomunista y la praxis antisistema que le había conferido Almirante²⁰.

Los más jóvenes, que proponían una militancia alternativa, más moderna y rozagante, chocaron con la oposición ya no solo del bando contrario, sino también de su propio partido de origen. El Movimiento Social Italiano respondió negativamente a los campos Hobbit, a la Nuova Destra y, en general, a toda aquella experiencia metapolítica que iba surgiendo a su derecha en los años setenta, cuyo objetivo era "salir del túnel", dejando atrás la dicotomía entre derecha e izquierda, entre amigo y enemigo.

La publicación de *La voce della fogna* (La voz de la alcantarilla) (1974-1983), un cómic que pretendía mofarse del antifascismo militante, animando a que, en efecto, los fascistas salieran del "alcantarillado" donde los querían encerrar los comunistas con su lema "*fascisti, carogne, tornate nelle fogne*" ("fascistas, carroñas, volved a las alcantarillas"), constituyó un proyecto metapolítico que explicitaba un malestar generacional. En sus páginas se recogían elementos contraculturales que describían inquietudes comunes entre las nuevas generaciones de la época, no solo de extrema derecha (Falciola, 2018). Sin renegar de sus orígenes neofascistas, se rechazaba "cada forma de nostalgia, todo tipo de refugio en el pesimismo, todo ritualismo anacrónico"²¹ (La Voce [...], 2019, p. XIII).

Esta nueva generación, al mismo tiempo que deseaba salir del gueto, se oponía al materialismo, se preocupaba por el medio ambiente, era más anticonsumista que anticomunista y repudiaba las dos superpotencias que imponían el orden mundial. Al patriotismo nacional se anteponía el europeísmo. Se sustituían Evola y la nostalgia del *Ventennio* por el "fascismo romántico" de Codreanu, Drieu La Rochelle, Brasillach, Spen-

gler) (Tarchi, 2010, p. 18) o la emboscadura del rebelde *jüngeriano*. Por otra parte, merece la pena reflexionar sobre la ambigua posición de Evola (1961). Por un lado, formaba parte de una corriente aristocrática, la "*apolitia*", considerada anticuada frente a la actualización cultural de la Nueva Derecha en Italia, inspirada en la Nouvelle Droite francesa. Pero, por otra parte, ciertos principios de su pensamiento seguirán presentes en Alain de Benoist (noción de Imperio; identidad europea...) e incluso, muchos años después, en Dugin (dejar la "*apolitia*" en el contexto apropiado, según el principio de "cabalgar el tigre").

De todas formas, estos jóvenes neofascistas intentaron pasar del victimismo de antaño, del discurso de la derrota, de la imagen del gueto, a una perspectiva de futuro más optimista, a pesar de lo complicado que era definirse como fascista en aquellos años.

Los *Campos Hobbit* fueron unas manifestaciones culturales organizadas entre 1978 y 1980 por el Frente de la Juventud, el ala juvenil del partido. Se convirtieron en la ocasión para que los jóvenes nacionales reflexionaran sobre su pasado, incluso haciendo autocrítica, promoviendo una conformación más *movimentista* de su militancia, en línea con lo que estaban haciendo en ese mismo periodo los militantes de extrema izquierda, y en claro contraste con el espiritualismo evoliano (ya en declive a mediados de los años setenta). El objetivo principal era abandonar el nihilismo que había acompañado a los jóvenes neofascistas hasta ese momento y rehuir de una vez por todas del pasado nostálgico.

Aquellas experiencias favorecieron el alejamiento de una parte de la juventud nacional de los dictámenes del partido y la creación de la Nuova Destra, inspirada a la Nouvelle Droite francesa (Capra Casadio, 2013). En esta nueva fase, para los jóvenes neofascistas que proponían una nueva forma de sentirse de derechas, el

²⁰ Almirante, una vez llegado a la dirección del partido, promovió la praxis de oponer a la plaza de izquierda una plaza de derecha.

²¹ Hay que reconocer que esa nostalgia que incluía una gestualidad conformada por el saludo fascista, una cierta agresividad y los "*viva il duce*" no desaparecieron en los *Campos Hobbit* (especialmente en la edición de 1978). Además, a pesar de que aquellos eventos fueran presentados como de público acceso, con el objetivo también de abrirse a la sociedad y darse a conocer, a nivel práctico, se les impidió a los periodistas acceder a los recintos. Dicho lo anterior, hay que destacar que la prensa y la televisión mantenían una idea estereotipada negativa de los jóvenes nacionales.

legado *mussoliniano* comenzaba a considerarse un lastre incapaz de generar pulsiones movilizadoras (Tarchi, 1995), y el neofascismo, un hecho que pertenecía al pasado. Se fueron imponiendo la música, el cine, los elementos contraculturales *underground* y, en general, todas aquellas formas de expresión apreciadas por las nuevas generaciones, sin importar la orientación política (es más, intentando acercar el mundo juvenil más allá de la polarización derecha-izquierda; tanto es así que un intelectual comunista como Massimo Cacciari fue invitado a los congresos organizados por la Nuova Destra) (Re, 2020). Se comenzó a hablar de ecología, del peligro de la energía nuclear, de derechos sociales, de revolución sexual (Tarchi, 1979; Tommasini, 1979), y se promovieron políticas más cautivadoras para los jóvenes. Se matizó entre estar *en la derecha* y ser *de derechas*, optando por la primera opción (De Benoist, 1983). Asimismo, se comenzó a despojar a la cultura neofascista del sentido de culpabilidad que la perseguía desde el final de la guerra y que la encerraba en un exilio obligado en constante necesidad de ponerse a la defensiva.

Al margen de la Nuova Destra, en aquellos mismos años, es decir, en la segunda mitad de los setenta, en el entorno de la extrema derecha italiana surgieron organizaciones como Terza Posizione, Lotta popolare o Costruiamo l'azione, que proponían unas políticas antisistema, coqueteaban con la violencia y rechazaban la división entre izquierda y derecha, considerándola una burda manera de dividir a los jóvenes. Estos grupos, en línea con la tradición neofascista de la época, proponían (sobre todo Terza Posizione) un "eurocentrismo revolucionario" favorable a una tercera vía alternativa al "frente rojo" y a los "régimenes reaccionarios" (Adinolfi; Fiore, 2000, p. 30).

Mientras tanto, en el XII Congreso del Movimiento Social Italiano-Derecha Nacional (celebrado del 5 al 7 de octubre de 1979) se confirmaba el fascismo como elemento fundacional del partido. Al mismo tiempo se impulsaba un giro hacia una posición antipartidista. El "enemigo" tradicional, el comunismo, iba paulatinamente cediendo paso al *sistema* y se mantenía la exaltación orgullosa

del gueto en el cual los neofascistas se veían obligados a permanecer (Ignazi, 1989). Si, por un lado, los jóvenes nacionales querían salir de allí, el partido se sentía cómodo en esa posición de exclusión, explotando una cierta dosis de victimismo (por otra parte, no del todo injustificada, ya que la extrema izquierda no cesaba su enfrentamiento violento contra los neofascistas, especialmente a nivel juvenil) y ensalzando las referencias nostálgicas del fascismo. Valga, en este sentido, la frase "el fascismo está aquí" pronunciada por Almirante durante el XIII Congreso del MSI (1982), aunque fuera para introducir a su invitado, el líder del Partido Radical, Marco Pannella, en un periodo en el cual la *temperatura* ideológica iba bajando, pero no pasaba lo mismo con la *distancia* ideológica (Sartori, 1976, p. 135-136).

La normalización institucional y el "peligro del fascismo" esgrimido por la oposición

Mientras una parte del sector juvenil neofascista intentaba desprenderse del incómodo legado del pasado, el Movimiento Social Italiano, hasta su disolución a principios de los noventa, mantuvo una cierta nostalgia hacia el *fascismo regime*, ese fascismo conservador del *ventennio* (De Felice, 2001). Fueron significativas las actividades organizadas en 1983 para conmemorar el centenario del nacimiento de Mussolini y, un decenio más tarde, en 1992, aquellas para rememorar los 70 años de la Marcha sobre Roma, con militantes en uniforme, saludos fascistas y en primera fila la neodiputada Alessandra Mussolini, nieta del Duce. Sin embargo, el proceso de historización del fascismo por parte del partido que se fraguó a lo largo de los ochenta, una década menos ideologizada y violenta que la anterior, contribuyó a la normalización del Movimiento Social Italiano y a su inclusión política. De hecho, los elementos nostálgicos acabaron siendo simplemente eso, reductos de un pasado que ya no iba a volver.

A principios de los noventa, el recién nombrado secretario del partido, Gianfranco Fini, propuso la fórmula del "Fascismo del Duemila" ("*Fascismo*

del dos mil"), en un momento en el cual la desintegración del comunismo había llevado consigo la inutilidad de enfrentarse a él y, por lo tanto, la necesidad de buscar nuevos objetivos políticos.

Entre 1992 y 1994, el proceso judicial de Tangentopoli creó un terremoto en la política italiana y al mismo tiempo permitió al MSI regenerarse, presentándose como una de las pocas opciones fiables frente a los corruptos. Al no haber gobernado nunca, era fácil que cuajase ese tipo de discurso. De hecho, explotando el alegato antipartidista que ya iba madurando desde la década anterior, Gianfranco Fini reformó el partido, le cambió el nombre (Alianza Nacional) e impulsó un giro copernicano en su primer congreso (celebrado en Fiuggi en 1995), alejándolo de la tradición fascista para convertirlo en una fuerza de derecha conservadora *tout court*, con algunos toques de conservadurismo liberal. Eso sí, sin disimular su aprecio a Mussolini, definiéndolo el "mejor estadista del siglo" justo cuando iba a respaldar el Gobierno dirigido por Silvio Berlusconi, en 1994 (Ginsborg, 1998, p. 551). Por otra parte, el propio Berlusconi, en una entrevista concedida al *Washington Post* en ese mismo periodo declaró que Mussolini "en un determinado periodo, hizo cosas buenas" (Drodziak, 1994, p. 25). La operación de Fini para limpiar la imagen del partido dio un paso aún más contundente en 2003, durante un viaje diplomático a Jerusalén. Visitando el Museo del Holocausto, el secretario de Alianza Nacional denunció la política de discriminación racial del régimen fascista y de la República Social Italiana (Colarizi, 2007).

Después de Tangentopoli se fue generando una cierta desconfianza hacia la política tradicional, lo que llevó a los italianos a interpretar la política como un asunto más personal que de partido. Se apeló a la llegada del hombre nuevo, del hombre carismático, del hombre fuerte, que pudiera resolver los problemas del país. Así fue acogido Silvio Berlusconi en 1994, y así lo fueron, más tarde, Mario Monti, Matteo Renzi y Mario Draghi.

El primero de ellos, Silvio Berlusconi, hizo que se vertieran ríos de tinta para, de alguna manera, explicar su rápido éxito político como un desliz hacia un régimen autoritario basado en la manipulación de la información y en la exaltación del líder, todo ello respaldado por un partido heredero del fascismo. Algunos intelectuales se empeñaron en publicar duros artículos contra el "moderno Mussolini" (Colarizi; Gervasoni, 2012, p. 56) o el "pequeño Mussolini de Arcore" (D'Arcais, 2011, p. 19), textos que empezaban tranquilizando al lector, declarando que la Italia de Berlusconi no era una Italia fascista (a pesar del mote que se le daba a Berlusconi), pero que acababan definiendo el berlusconismo como el "equivalente funcional y posmoderno" del fascismo, "una forma, nueva e inédita, de destrucción de las instituciones liberal-democráticas" (D'Arcais, 2011, p. 17-28).

Bajo el emblemático título de *La notte della democrazia italiana. Dal regime fascista al governo Berlusconi*, editado por Pasquale Santomassimo en 2003, Paul Ginsborg en el capítulo "Berlusconi in prospettiva storica comparata" tranquiliza, en un primer momento, tal y como había hecho Flores D'Arcais, a los demás países europeos sobre el aguante democrático de Italia para, acto seguido, abandonarse a "una lectura muy diferente" que "subraya el carácter de excepción" (Ginsborg, 2003, p. 35) del Gobierno de Berlusconi. El texto concluye con la idea según la cual no sería "fantasioso imaginarse que en 2013 los pequeños *forzistas* [hijos de los votantes de *Forza Italia*] vayan a la cama llevando entre sus manos una medalla con la cara de Silvio B. igual que hacían los balillas con la del Duce en 1935" (Ginsborg, 2003, p. 46).

El binomio Berlusconi-Mussolini (y, en contraposición, antifascismo-antiberlusconismo) se convirtió en una de las armas electorales (Colarizi; Gervasoni, 2012)²² que esgrimía la oposición contra el centroderecha (Belardelli, 2014; Orsina, 2006) en un periodo en el cual en la política había ido aumentando la deslegitimación del adversario (Orsina; Gervasoni, 2021). Por su parte, Silvio

²² En la coalición de centro-izquierda había incluso voces discordantes, que consideraban, tal y como hacía Giorgio Napolitano, la evocación de la identidad Berlusconi-Mussolini un "alarmismo desmedido" (Colarizi; Gervasoni, 2012, p. 149).

Berlusconi fue promoviendo esa imagen (distorcionada) del “hombre de la providencia”, que no tuvo otra opción que la de presentarse a las elecciones para salvar al país del peligro comunista (que, por otra parte, acababa de hundirse), y lo hacía incluso a costa de comprometer su carrera empresarial (Tarchi, 2015, p. 283). Aurelio Lepre (2004, p. 379), recordando que “algunos de sus enemigos políticos lo equipararon atrevidamente a Mussolini, imaginándolo como un improbable dictador” vislumbró entre Mussolini y Berlusconi un único punto de contacto, “el programa inicial” (Lepre, 2004, p. 379). Según Lepre (2004), ambos pretendían crear una nueva derecha que eliminara el estatismo, su hipertrofia. Sin embargo, una vez en el Gobierno, ambos se toparon con la situación real del país y acabaron llegando a un compromiso con los poderes fuertes.

El antifascismo asomó también en la campaña electoral del 25 de septiembre de 2022. Esta vez se acusó a Giorgia Meloni de no haber cerrado la puerta al fascismo. En 2013, Meloni había roto con el Popolo della Libertà, esa nueva criatura política que aglutinaba Forza Italia y Alianza Nacional en un único partido. Reivindicaba la necesidad de mantener lazos con la tradición fascista y criticaba duramente su mentor, Gianfranco Fini, por haber renegado de esa tradición.

En las elecciones de 2013, Hermanos de Italia (su nueva criatura) no llegó al 2% de los votos; en 2018, aunque mejoró su resultado, logró tan solo el 4%. En 2022, cuando todas las encuestas auguraban que se impusiera como primer partido de Italia, parte de la oposición esgrimió el peligro del regreso al fascismo. Se criticó el símbolo del partido, la llama tricolor que ya lucía el logo del Movimiento Social Italiano (problema

que ni en 2013 ni en 2018 se había planteado). Parte del periodismo también alentó la polémica, rescatando una antigua entrevista realizada por la televisión francesa en la cual Meloni, joven militante de Alianza Nacional, declaraba que Mussolini había sido el mejor político italiano de los últimos cincuenta años (Giorgia [...], 2022). *La Repubblica* dedicó a Meloni varios artículos de investigación bajo el título de *Inchiesta su M.* (Investigación sobre M.), donde M., inicial de Meloni, recordaba sin muchos tapujos al exitoso libro de Antonio Scurati *M. El hijo del siglo*, sobre la vida de Mussolini.

La deriva radical de la extrema derecha: del partido al *movimentismo*

Una parte del neofascismo (o quizá sería mejor decir ya posfascismo)²³ se despojó poco a poco de su pasado sin repudiarlo, convirtiendo una parte del MSI en un partido conservador al uso²⁴, capaz de integrarse en una coalición de centroderecha que alcanzó el poder. Sin embargo, otros nunca abandonaron la nostalgia del fascismo. Y lo hicieron incluso en contratendencia con algunas interpretaciones que consideraban inevitable la extinción del neofascismo italiano. Valga como ejemplo la opinión de Franco Cardini (1976), el cual, a mediados de los setenta, auguraba su paulatina desaparición, interpretándola como una mera pulsión generacional y que, por tanto, se iba a acabar agotando por razones de edad. Cardini se equivocaba, por lo menos a corto-medio plazo: todavía persiste una vertiente *movimentista* claramente nostálgica del fascismo, cuyos representantes más destacados son Forza Nuova y CasaPound Italia, y unos grupos menores como Lealtà Azione y Casaggi.

²³ Si el neofascismo fue la interpretación romántica y nostálgica del fascismo, el posfascismo, como señala Traverso (2016), es “desprovisto del impulso vital y utópico de sus ancestros, surge en una era postideológica marcada por el colapso de las esperanzas del siglo XX. Está limitado por una temporalidad ‘presentista’ que excluye todo ‘horizonte de expectativas’ más allá de los plazos electorales. Dicho de otro modo, el posfascismo no tiene la ambición de movilizar a las masas en torno a nuevos mitos colectivos. En lugar de hacer que el pueblo sueñe, quiere convencerlo de que sea un útil eficaz para expresar su protesta contra los poderosos que la dominan y aplastan, sin dejar de prometer el orden –económico, social, moral– a las capas poseedoras que han preferido siempre el comercio a las finanzas y la propiedad hereditaria a las fluctuaciones del mercado. Lejos de ser o de presentarse como ‘revolucionario’, el posfascismo es profundamente conservador, e incluso reaccionario”.

²⁴ No olvidemos que en el Movimiento Social Italiano no todos abogaron por la creación de Alianza Nacional. Los nostálgicos, como Pino Rauti, fundaron el partido *Movimento Sociale Fiamma Tricolore*, reacio a abandonar su pasado fascista. Merece la pena citar también, a pesar de su reducida presencia electoral, *Fascismo e Libertà* de Giorgio Pisanò y el *Fronte Nazionale* de Adriano Tilgher.

CasaPound Italia (CPI)²⁵ nació en 2003 como movimiento, pasó por una breve e infructuosa experiencia electoral y acabó volviendo a ser un movimiento político tras el fracaso en las elecciones de 2018 (0,9%). Sus militantes se definen, con cierto orgullo, como fascistas del tercer milenio, modernos y alejados de esa visión victimista de antaño. Miran al pasado con deferencia, pero sin nostalgia decadente, rescatando el profascismo revolucionario de los *Fasci di Combattimento* y el periodo *salotino*; promoviendo un fascismo izquierdista, populista y anarcosindicalista, y apreciando a intelectuales y a políticos del calibre de Edoardo Malusardi, Leandro Arpinati, Alceste de Ambris, Mario Gioda o Massimo Rocca (Scianca, 2011). Según su antiguo responsable nacional de cultura, Adriano Scianca, en CPI "se preserva todo lo que se ha impregnado del espíritu revolucionario mussoliniano y se desecha todo lo que lo traicionó" (Scianca, 2011, p. 97).

Pero CPI bebe también del neofascismo de los setenta (uno de sus principales colaboradores, Gabriele Adinolfi, fue el líder y fundador de Terza Posizione), compartiendo el mismo deseo de salir del gueto y descartando el victimismo de antaño.

Forza Nuova, por su parte, fue fundada en 1997 por otro líder de Terza Posizione, Gabriele Fiore, y por Massimo Morsello, un exmilitante de los Núcleos Armados Revolucionarios, una organización terrorista activa a finales de los setenta. Influenciada por el fascismo clásico, el rexismo y hasta el peronismo, se convirtió en el lugar de congregación del movimiento *skinhead nazi* italiano. Propugna un fascismo más conservador, con tintes de tradicionalismo católico.

Debido a una escisión interna ocurrida en 2020, una parte de los militantes de Forza Nuova se reagrupó bajo el nombre de La Rete dei Patrioti-Movimento Nazionale, un nuevo movimiento que intenta cabalgar el malestar suscitado por

las medidas restrictivas anti-Covid-19. *La Rete* mira con fascinación a los asaltantes del Capitolio de Washington, incorporando en su discurso pinceladas antisistema.

En los últimos tiempos han surgido también unos grupos menores, más enquistados territorialmente, como son *Casaggi* y *Lealtà Azione*. El primero es interno a *Fratelli d'Italia*, mientras que el segundo es afín a la Liga de Salvini.

Lealtà Azione, activo desde 2010, tiene una sección que se llama Memento y que se dedica a conservar la memoria de los caídos en las dos guerras mundiales y de las víctimas de las *foibe*. Cada 29 de abril organiza el "presente" (el típico saludo de conmemoración para los fallecidos en guerra) para tres fascistas muertos ese día: Carlo Borsani, militar ejecutado por los partisanos en 1945, Sergio Ramelli, fallecido tras haber recibido una violenta paliza por parte de unos extremistas de izquierda en Milán en 1975, y Enrico Pedenovi, político del MSI asesinado por la organización terrorista Primera Línea en 1976, todos ellos en la capital de Lombardía. Una vez más, la nostalgia y el espíritu funerario se mantienen y se mezclan entre mártires de diferente proveniencia, edad y periodo. Entre los elementos más característicos del neofascismo italiano actual encontramos el impulso de la soberanía nacional (en esto coincidiendo con Alain de Benoist sobre la dicotomía entre soberanistas y globalistas) y la justicia social y la oposición a la Europa de los bancos (fruto de la oposición a las políticas neoliberales de la economía globalizante), frente a la Europa de los pueblos.

Conclusiones

Tras el final de la Segunda Guerra Mundial, partidos como la Democracia Cristiana y el Partido Comunista Italiano impulsaron la reinserción social y política de los fascistas. Los primeros los

²⁵ En 2002, esos militantes ocuparon un edificio en las afueras de Roma rebautizándolo con el nombre de Casa Montag, como el protagonista de la novela distópica de Ray Bradbury *Fahrenheit 451* y acondicionándolo para ser utilizado como centro de congregación. Un año más tarde, en 2003, a dos pasos de la estación Termini de Roma, en el número 8 de la calle Napoleón III, se instaló la sede actual de CasaPound Italia, como consecuencia de otra ocupación de un edificio abandonado. Como símbolo se eligió la tortuga, animal que lleva siempre consigo su casa. Es el derecho a la vivienda uno de los principales objetivos de las luchas de CasaPound Italia, por lo menos en su fase inicial. En 2008, al constituirse como "asociación de promoción social", se inauguró de manera oficial CasaPound Italia. Hasta entonces, sus militantes habían confluído en las filas de la *Fiamma Tricolore*, partido sucesor del *Movimento Sociale Italiano*, sin embargo, a partir de ese momento, emprendieron un camino político autónomo (Re, 2020, p. 274).

consideraban un posible aliado en su lucha contra el comunismo, y en esto lograron convencer incluso a los norteamericanos para que no se les vetara en ese sentido; los segundos intentaron exaltar el espíritu revolucionario de los fascistas que habían comulgado más con el *fascismo movimento* que con el *fascismo regime*. Se acabó aceptando que, dieciocho meses después de la contienda, se creara el Movimiento Social Italiano.

El neofascismo italiano tuvo el mérito de durar el doble que el modelo al que imitaba: el fascismo mussoliniano. Sin embargo, en su interior nacieron unas corrientes que llegaron a interpretar incluso de manera opuesta el legado de Mussolini. Acabaron conviviendo atlantistas con antiatlantistas, socializadores con conservadores, anticomunistas con revolucionarios.

El Movimiento Social Italiano, en el momento de su creación, no disponía de ninguna figura capaz de aglutinar las diferentes facciones que lo conformaban. Perpetuar lo que el Duce había logrado, mantener unido lo que realmente no lo estaba, se planteaba como tarea complicada para el neofascismo. Sin embargo, fue justamente la figura de Mussolini o, mejor dicho, su mito, lo que permitió que el MSI lograra una cierta unidad a pesar de las divergencias. Giorgio Almirante, a menudo considerado el gran secretario del partido nostálgico del fascismo, tenía poco más de treinta años cuando llegó a liderar la formación en su primera etapa. Su vuelta, a partir de 1969, fue diferente: ya se trataba de un político conocido y curtido. De Marsanich y Michelini eran unos dirigentes grises; Rauti llegó a la secretaría en su fase menguante; Fini lideró la defascistización del partido aprovechándose de la normalización institucional llevada a cabo por sus antecesores en los ochenta y, sobre todo, del descalabro que supuso para la antigua clase política la operación *manos limpias*.

El neofascismo italiano se consolidó sobre unos principios básicos vinculados a Mussolini, su muerte y la caída del régimen: el martirio, la derrota, el nihilismo, la victimización y la guetización. Los primeros neofascistas se sentían apartados, sufrían una constante *damnatio memoriae* en la

cual se hallaban hasta cómodos con tal de poder explotar su victimización. Ciertamente es que De Marsanich, pero sobre todo Michelini, intentaron abandonar ese nihilismo proponiendo unas políticas de inserción. Sin embargo, las corrientes socializadora y espiritual seguían explotando la fascinación por la derrota. Los primeros, refiriéndose al fracaso de la República Social Italiana; los segundos, en clave más amplia, considerando que el final del fascismo mussoliniano coincidía con una crisis del mundo moderno.

A partir de la segunda mitad de los sesenta, pero más aún en la década siguiente, los sectores juveniles disconformes con las teorías *evolianas* comenzaron a distanciarse de los dictámenes del partido, proponiendo una reconversión del neofascismo en clave más moderna, menos sectaria y, por supuesto, bastante menos nostálgica. En el fondo el partido también estaba intentando ir por ese mismo camino. Eso quedó explicitado cuando su entonces secretario, Giorgio Almirante, fichó al comunista Armando Plebe para que incorporara al programa del partido unas reflexiones críticas sobre el legado del fascismo, con el objetivo de modernizarlo y, en definitiva, de superarlo. Sin embargo, Plebe falló en su intento. Aun así, el camino estaba trazado. La experiencia de *La Voce della fogna*, *los Campos Hobbit* y *la Nuova Destra* demostraban que dentro del neofascismo juvenil algo estaba cambiando (incluso con una sorprendente apertura cultural al área política opuesta, como cuando el intelectual comunista Massimo Cacciari fue invitado a hablar en uno de los congresos). El MSI, por su parte, aun con sus aflatos nostálgicos, pretendía, en los ochenta, impulsar un giro hacia una posición antipartidista, sustituyendo así el "enemigo" tradicional, el comunismo, con las deficiencias del sistema político.

Ya en los años noventa del pasado siglo, la reestructuración del MSI fue definitiva. Su cambio de nombre a Alianza Nacional fue acompañado por un paulatino abandono de la nostalgia, de los mitos del fascismo excepto uno, el de Mussolini, del que ni Fini, ni Meloni, ni los demás líderes del partido como Ignazio La Russa renegaron nunca. Por lo tanto, si puede decirse que se hizo una

revisión sobre el fascismo, no ocurrió lo mismo con la figura mítica de su fundador. Quizá se deba a la idea de una cierta historización del personaje, quedando así despojado de sus errores, en un proceso similar a lo que pasó en el primer neofascismo posbélico, cuando los incondicionales del Duce le perdonaron a su líder su actitud en los últimos momentos de vida.

A partir de la Segunda República italiana (después de las elecciones de 1994), el término fascismo, la figura de Mussolini y su legado se fueron esgrimiendo como elementos deslegitimadores de los partidos políticos de la coalición de centroderecha (liderada por un personaje controvertido como Silvio Berlusconi y que incluía a los herederos del Movimiento Social Italiano) por parte de intelectuales, prensa y políticos de la oposición.

Por último, en los últimos años, se han ido formando movimientos y partidos claramente nostálgicos, que no rehúyen definirse abiertamente fascistas. *Forza Nuova*, *CasaPound Italia*, *Lealtà Azione* y *Casaggi* son los más emblemáticos, cuya nostalgia se dirige al neofascismo de los setenta, a la tradición fascista *mussoliniana*, y que cultivan el recuerdo de los mártires de las diferentes épocas (fascismo y neofascismo) y mantienen una cierta devoción (aunque sea por cuestiones de perpetuar la tradición) a Benito Mussolini.

Referencias

ADINOLFI, Gabriele; FIORE, Roberto. *Noi Terza Posizione*. Roma: Settimo Sigillo, 2000.

BELARDELLI, Giovanni. *La catastrofe della politica nell'Italia contemporanea*. Per una storia della Seconda Repubblica. Soveria Mannelli: Rubbettino, 2014.

CAPRA CASADIO, Massimiliano. *Storia della nuova destra*. La rivoluzione metapolítica dalla Francia all'Italia. Bologna: CLUEB, 2013.

CARDINI, Franco. Postilla tardiva a Renzo De Felice. *Antologia Vieusseux*, Firenze, v. XLI-XLII, p. 2-16, 1976.

CARIOTI, Antonio. *Gli orfani di Salò*. Milano: Mursia, 2008.

CARIOTI, Antonio. *I ragazzi della fiamma*. Milano: Mursia, 2011.

COLARIZI, Simona. *Storia politica della Repubblica 1943-2006*. Bari: Edizioni Laterza, 2007.

COLARIZI, Simona; GERVASONI, Marco. *La tela di Penelope*. Bari: Editori Laterza, 2012.

CONTI, Davide. *Gli uomini di Mussolini*. Torino: Einaudi, 2017.

CONTI, Davide. *L'anima nera della Repubblica*. Roma: Laterza, 2013.

D'ARCAIS, Paolo Flores. Berlusconi e fascismo. *MicroMega*, Roma, v. 1, p. 5-28, 2011.

DE BENOIST, Alain. *Destra: la vecchia e la nuova*. Le idee a posto. Napoli: Il Tridente, 1983.

DE FELICE, Renzo. *Intervista sul fascismo*. Roma: Laterza, 2001. Originalmente publicado en 1975.

DE FEO, Italo. *Diario politico*. Milano: Rusconi, 1973.

DIAZ, Furio. Un secolo fra due rivoluzioni. *Rinascita*, Roma, año 2, n. 11, p. 229-233, 1945.

DRODZIAK, William. No fascists in cabinet, Italy's new premier says. *The Washington Post*, Washington, DC, 1994. Disponible en: <https://www.washingtonpost.com/archive/politics/1994/05/27/no-fascists-in-cabinet-italys-new-premier-says/4e-6113ff-b301-4ac9-be74-214beefc3a6c/>. Acceso en: 3 abr. 2024.

EVOLA, Julius. *Gli uomini e le rovine*. Roma: Editori dell'Ascia, 1953.

EVOLA, Julius. *Cavalcare la tigre*. Milano: All'insegna del pesce d'oro, 1961.

EVOLA, Julius. *Il fascismo visto dalla destra*. Roma: Settimo Sigillo, 1989.

FALCIOLA, Luca. La generazione introvabile: destra radicale e movimento del '77. In: NERI SERNERI, Simone; GALFRÉ, Monica (org.). *Il movimento del '77*. Radici, snodi, luoghi. Roma: Viella, 2018. p. 127-141.

FOCARDI, Filippo. *Il cattivo tedesco e il bravo italiano*. Roma: Laterza, 2016.

FORTI, Steven. *Extrema derecha 2.0: qué es y cómo combatirla*. Madrid: Siglo XXI, 2021.

GINSBORG, Paul. Berlusconi in prospettiva storica comparata. In: SANTOMASSIMO, Gianpasquale (org.). *La notte della democrazia italiana*. Dal regime fascista al gobierno Berlusconi. Milano: Il Saggiatore, 2003. p. 35-49.

GINSBORG, Paul. *L'Italia del tempo presente*. Einaudi: Torino, 1998.

GIORGIA Meloni nel 1996 a 19 anni: "Mussolini è stato un buon político, il migliore degli ultimi 50 anni". *La Stampa*, [s. l.], 2022. Disponible en: <https://www.lastampa.it/speciale/politica/elezioni-politiche-2022/2022/08/16/video/giorgia-meloni-nel-1996-a-19-anni-mussolini-e-stato-un-buon-politico-il-migliore-degli-ultimi-50-anni-6583305/>. Acceso en: 3 abr. 2024.

IGNAZI, Piero. *Il polo escluso*. Il Mulino: Bologna, 1989.

IGNAZI, Piero. *Postfascisti?* Il Mulino: Bologna, 1994.

- JESI, Furio. *Cultura di destra*. Milano: Nottetempo, 2011. Originalmente publicado en 1979.
- LA VOCE DELLA FOGNA. Firenze: Edizioni La Vela, 2019.
- LEPRE, Aurelio. *Storia della Prima Repubblica*. Bologna: Il Mulino, 2004.
- LUZZATTO, Sergio. *Il corpo del duce*. Torino: Einaudi, 2019.
- MONSERTI, Giuseppe. Fascismo addio? *L'Orologio*, Roma, n. 3-4, p. 5, 1966.
- NEGLIE, Pietro. *Fratelli in camicia nera*. Comunisti e fascisti dal corporativismo alla Cgil (1928-1948). Bologna: Il Mulino, 1996.
- NEGLIE, Pietro. Il Movimento Sociale Italiano tra terza-forzismo ed atlantismo. *Storia Contemporanea*, Trieste, v. XXV, n. 6, p. 1167-1195, 1994.
- NELLO, Paolo. Fascisti in democrazia. *Nuova Storia Contemporanea*, Milano, v. IX, n. 1, p. 51-66, 2005.
- ORSINA, Giovanni. Antifascismo e antiberlusconismo. Percorsi di una tradizione ideologica. In: VENTRONE, Angelo (org.). *L'ossessione del nemico*. Roma: Donzelli, 2006. p. 165-190.
- ORSINA, Giovanni; GERVASONI, Marco (org.). *Political enemies in Republican Italy*. London: Routledge, 2021.
- PARDINI, Giuseppe. *Fascisti in democrazia*. Uomini, idee, giornali (1946-1958). Firenze: Le Lettere, 2008.
- PARLATO, Giuseppe. *Fascisti senza Mussolini*. Bologna: Il Mulino, 2006.
- PARLATO, Giuseppe. *La fiamma dimezzata*. Almirante e la scissione di Democrazia Nazionale. Milano: Luni Editrice, 2017.
- PARLATO, Giuseppe. *La sinistra fascista*. Bologna: Il Mulino, 2000.
- RAO, Nicola. *Neofascisti*. Roma: Settimo Sigillo, 1999.
- RE, Matteo. La deriva radical: Casapound Italia y el fascismo del tercer milenio. *Revista de Estudios Políticos*, Madrid, n. 189, p. 259-287, 2020.
- ROBSON, Garry. The Lion Roars: Myth, Identity and Millwall Fandom. In: ARMSTRONG, Gary; GIULIANOTTI, Richard (org.). *Fear and Loathing in World Football*. Oxford: Berg, 2001. p. 61-76.
- SARTORI, Giovanni. *Parties and Party Systems*. Cambridge: Cambridge University Press, 1976.
- SCIANCA, Adriano. *Riprendersi tutto*. Le parole di Casa-Pound: 40 concetti per una rivoluzione in atto. Cusano Milanino: Società Editrice Barbarossa, 2011.
- TARCHI, Marco. *Esuli in patria*. Parma: Guanda, 1995.
- TARCHI, Marco. *Italia populista*. Dal qualunquismo a Beppe Grillo. Bologna: Il Mulino, 2015.
- TARCHI, Marco. *La rivoluzione impossibile*. Firenze: Vallecchi, 2010.
- TARCHI, Marco. Sexualité et comportement. *Rebis. Révolution sexuelle et tradition*, Agde, v. 3, p. 30-37, 1979.
- TARCHI, Marco; CARIOTI, Antonio. *Cinquant'anni di nostalgia*. Milano: Rizzoli, 1995.
- TEDESCHI, Mario. *Fascisti dopo Mussolini*. Roma: Settimo Sigillo, 1996. Originalmente publicado en 1950.
- TEDESCO, Luca. Contro gli imperialismi americano e soviético. Il nazionalismo popolare e rivoluzionario dell'Orologio di Luciano Lucci Chiarissi. *Nuova Storia Contemporanea*, Milano, v. 16, n. 5, p. 137-150, 2012.
- THIRIART, Jean. *Un empire de 400 millions d'hommes: l'Europe*. Paris: Avatar Éditions, 2007. Originalmente publicado en 1964.
- TOMMASINI, V. Homme féminin et femme virile. *Totalité*, Puiseaux, v. 6, p. 61-65, 1979.
- TRAVERSO, Enzo. Pensar las derechas radicales en el siglo XXI. *CTXT*, [s. l.], 2016. No paginado. Disponible en: <https://ctxt.es/es/20160914/Firmas/8368/Fascismo-postfascismo-UE-xenofobia-islamofobia-Enzo-Traverso.htm>. Acceso en: 20 dic. 2023.
- VEIGA, Francisco et al. *Patriotas indignados*. Madrid: Alianza, 2019.
- VERCELLI, Claudio. *Neofascismi*. Torino: Edizioni del Capricorno, 2018.
- VILLANO, Alfredo. *Da Evola a Mao*. La destra radicale dal neofascismo ai "nazimaoisti". Milano: Luni Editrice, 2017.
- VILLANO, Alfredo. *L'ultima legione nera*. Il movimento "Ordine Nuovo" tra tradizione e rivoluzione (1954-1973). Biella: Storia Ribelle, 2007.

Matteo Re

Doctor en Historia Contemporánea y profesor en la Universidad Rey Juan Carlos de Madrid donde imparte docencia en grado y la asignatura Actitudes sociales hacia el terrorismo en el máster universitario en Análisis y prevención del terrorismo. Sus principales líneas de investigación son la violencia política y la historia y política de la Italia contemporánea. Ha participado, entre otros, en los siguientes proyectos de investigación: El terrorismo europeo en los años de plomo: un análisis comparativo (MINECO); Who does not become a terrorist and why? Towards an empirically grounded understanding of individual motivation in terrorism (proyecto Minerva); Dimensión Internacional de la Transición Española (MINECO).

Endereço para correspondência

Matteo Re

Calle Ayala, 93 – 6º D
28006, Quitar Salamanca.
Madrid, España